

Crisis global y transición geopolítica

Pablo IGLESIAS TURRIÓN
Universidad Complutense de Madrid
pabloiglesias@cps.ucm.es

David Harvey (2012) *El enigma del capital y las crisis del capitalismo*. Madrid: Akal (Cuestiones de Antagonismo), 239 pp. ISBN: 978-84-460-3544-2 [trad. del original (2010) *The Enigma of Capital and the Crises of Capitalism*. Oxford: Oxford University Press].

Después del estallido de la crisis financiera en 2008, la reina de Inglaterra pidió explicaciones a los economistas de la London School of Economics: ¿Cómo era posible que no hubieran previsto lo que iba a ocurrir? Los economistas al servicio de su majestad se pusieron manos a la obra y tras meses de estudio sólo pudieron reconocer que no habían tenido en cuenta lo suficiente los “riesgos sistémicos”. David Harvey comienza su libro con esta anécdota. Para el creador del método marxista de investigación y análisis del espacio (el materialismo histórico-geográfico) resultaba irónico a la par que inconcebible que ciertos economistas no tuvieran en cuenta una de las grandes aportaciones del marxismo, a saber, que las crisis son consustanciales al sistema de organización geográfica y política de la economía propio del capitalismo. En el epílogo del libro Harvey concluye como empezaba señalando que “en la teoría marxista (a diferencia de lo que sucede en la miope teoría económica neoclásica o financiera) el riesgo sistémico alude a las contradicciones fundamentales de la acumulación de capital” (p.215).

Todo habría empezado en 2006 con el aumento de los desahucios en barrios humildes de algunas ciudades de EE UU. Pero sólo se trataba de afroamericanos, inmigrantes latinoamericanos y madres solteras. ¿A quién podía importarles? En el verano de 2007 los desahucios empezaron a afectar a familias blancas de clase media y, a finales de ese año, eran ya más de dos millones los estadounidenses que habían perdido su vivienda y varios millones los que estaban cerca de perderla. Una de las sociedades de crédito hipotecario más importantes del país, la American Home Mortgage, se declaró en bancarrota y empezó una reacción en cadena de dimensiones ilimitadas. Los bancos dejaron de prestar a las familias y a los negocios y pocos meses después millones de personas en EE UU y los PIIG's (Portugal, Irlanda, Italia, Grecia y España) perdían sus trabajos o eran desalojados de sus casas por no poder hacer frente al pago de sus hipotecas, al tiempo que los sistemas

de salud y educación públicos eran desmantelados mediante severos programas de austeridad.

Hacia tiempo ya que la economía de los EE UU no se basaba en la producción sino en las finanzas. La cantidad de títulos tóxicos respaldados por hipotecas en posesión de bancos o vendidos a inversores de todo el mundo que pensaron que los precios de las viviendas iban a subir de manera permanente, resultó ser absurda e inmanejable. Finalmente los precios bajaron y el resultado fue el endeudamiento de las familias de clase media. Pero se trataba de la crónica de una muerte anunciada pues las hipotecas basura no eran un fenómeno tan nuevo; los negros estadounidenses habían sufrido desahucios desde finales de los noventa como consecuencia de haber contraído créditos hipotecarios *subprime* (basura) sobre sus viviendas. Para Harvey, “como sucedió ante la irrupción de la pandemia del Sida durante la administración Reagan, el coste humano y financiero para la sociedad de no prestar suficiente atención al fenómeno desde el principio, en buena parte por los propios prejuicios contra los que se hallaban en la primera línea de fuego, fue incalculable” (p.5).

Eran los tiempos de la mentira generalizada y el optimismo desmedido. Las agencias de evaluación de los activos financieros (pagadas por los propietarios de los activos que debían evaluar) sostuvieron la credibilidad de un modelo destinado a estafar a los más vulnerables y el FMI afirmaba que la zona euro estaba preparada para un periodo de crecimiento sostenido. Finalmente el sistema bancario estadounidense colapsó. El gobierno estadounidense intervino marcando la pauta de lo que llegaría después en el sur de Europa y en España. ¿Para qué intervino? Para socializar la deuda de la banca convirtiéndola en deuda nacional. Las deudas de aquellos que se habían repartido privadamente inmensos beneficios pasaban ahora a ser las deudas de los ciudadanos. En septiembre de 2008 el gobierno de Bush anunciaba un plan de rescate de setecientos mil millones de dólares para hacer frente los activos tóxicos de las instituciones con problemas de liquidez. Los contribuyentes estadounidenses regalaban así su dinero a Morgan Stanley, a Citigroup, a Goldman Sachs y a otros estafadores del mismo estilo (lo mismo que los españoles con Bankia). Como había ocurrido en EE UU la deuda de los bancos se convirtió en la deuda de la gente que iba a pagarla a través de recortes sociales y políticas de austeridad.

Como dice Harvey, el capital nunca resuelve su tendencia natural a las crisis, sino que las desplaza. De este modo, lo que comenzó como un problema en el mercado de la vivienda en el sur y sudoeste de EE UU, se extendió a los mercados hipotecarios de Irlanda y España, arrasó los sistemas bancarios de Islandia y Letonia, provocó un desastre presupuestario en California y una terrible crisis de deuda en Grecia y España debida a los rescates a la banca (p.216) en los países de la Europeriferia, que se desindustrializaron y apostaron por el turismo, los servicios y la construcción como base de sus economías, permitiendo a las entidades financieras alimentar burbujas inmobiliarias. Los rescates bancarios, lejos de facilitar el flujo del crédito, condenaron a sus ciudadanos a la miseria social. Las cifras de pérdidas

de empleos fueron mucho más importantes, de hecho, en Europa y EEUU que en economías emergentes como Brasil o Argentina que intensificaron su comercio con China, no redujeron el gasto público y pudieron así mantener sus niveles de crecimiento.

Lo que se produjo en EE UU y en la Europeriferia fue un desplazamiento de la carga de la crisis de los bancos a los ciudadanos que se están viendo obligados a afrontar una deuda nacional sin precedentes y asumir los planes de austeridad y los recortes de las prestaciones públicas. La identificación de Europa como reserva de derechos sociales pasó así a mejor vida, gracias a que el inmenso número de desempleados revitalizó un enorme ejército de reserva que obliga a los que trabajan a hacerlo en condiciones de enorme precariedad. El desempleo vino acompañando por los desahucios hipotecarios que, en el caso español, representaron una de las imágenes más infames de la crisis y dieron origen a uno de los movimientos sociales más importantes de los últimos años, el movimiento “Stop Desahucios”.

En esta obra que, en gran medida, sintetiza sus investigaciones anteriores sobre el funcionamiento histórico del capitalismo, Harvey parte de la crisis de las hipotecas *subprime* en los EE UU y su extensión posterior a Europa y, de forma desigual, al resto del mundo, para describir las tendencias y características del capitalismo como principal fuerza configuradora de la geografía mundial. Harvey explica la tendencia consustancial del capitalismo a las crisis repasando nociones claves en su obra como la acumulación originaria, la reducción de barreras espaciales, la destrucción creativa, la acumulación por desposesión (p.43 y ss.) así como las transformaciones en la composición de clase y en las luchas sociales como elementos configuradores de la propia geografía del capitalismo (p.70 y ss.), en el urbanismo (p.126 y ss.) o sobre la diferente forma en que la crisis ha afectado a Asia y América Latina (p.188 y ss.).

Para Harvey la crisis actual, que muchos han definido como la madre de todas las crisis, presenta elementos muy especiales tanto por sus particularidades financieras como por el hecho de que se inscribe en un periodo de transición geopolítica, en el que se están produciendo cambios en la distribución del poder político a nivel global con la emergencia de China y de los BRICs y con la crisis de hegemonía de los EE UU y el desastre del proyecto europeo. Si el historiador Eric Hobsbawm identificaba poco antes de morir cinco cambios cruciales en la dirección de la historia; el desplazamiento del centro económico del Atlántico Norte al Sur y al Este de Asia; la crisis global del capitalismo; el fracaso del proyecto hegemónico de los EE UU; la emergencia de los BRICs y el debilitamiento de la autoridad de los estados nacionales¹, Harvey describe magistralmente las implicaciones de este proceso de desarrollos geográficos desiguales cuyo inicio sitúa en la emergencia de la globalización neoliberal en los años 1970.

El origen de los acontecimientos que explotaron en 2008 con la quiebra de Lehman Brothers, hay que buscarlos en las transformaciones llevadas a cabo por

¹ Eric Hobsbawm: “World Distempers”. *New Left Review*, núm. 61, 2010, p.133.

EE UU en el modelo económico que había de asegurarle el mantenimiento de su preponderancia internacional. Había que alterar unas relaciones de fuerza que habían dado demasiado poder a las clases trabajadoras y perjudicado la capacidad competitiva de los EE UU; amenazado en el terreno de la producción, Estados Unidos contraatacó reafirmando su hegemonía mediante las finanzas. Terminaban así el sistema de Bretton Woods y el sistema de convertibilidad fija del dólar en oro; a partir de entonces EE UU empezaría a imprimir dólares en su propio beneficio y sus empresas llevarían al exterior sus capitales excedentes. Estados Unidos asumió así dejar de ser la referencia industrial y usó su poder financiero para recibir mercancías baratas procedentes de todo el mundo para alimentar una economía que se basaría principalmente en el consumismo. Nueva York se convirtió en el centro financiero mundial y el poder de las finanzas llegó a manifestarse incluso en el urbanismo. La serie de David Simon para la HBO, *The Wire*, representa de maravilla el urbanismo de ese nuevo orden neoliberal; la industria desmantelada, las clases subalternas (en especial los afroamericanos) marginadas, barrios gentrificados y reconvertidos a las necesidades del turismo y el ocio consumista en contraste con los distritos marginales destrozados por las drogas y un centro que no está dominado por los edificios públicos como el Ayuntamiento o el *Federal Building* ni por las iglesias, sino, como dice Harvey en otro lugar, por los edificios financieros y los pabellones de ocio dedicados al consumo².

Este nuevo modelo de poder se llamó neoliberalismo y apostó por la expansión del crédito, combatió la subida de los salarios de los trabajadores y a sus sindicatos así como los sistemas de protección social. Más allá de retóricas sobre la libertad, las virtudes del libre comercio y las privatizaciones, fue ante todo un proyecto dirigido a reforzar el poder de las élites financieras.

Como señala Harvey, la crisis actual es el resultado de ese proceso que ha acelerado una reconfiguración geopolítica del poder en la que no está claro si el siglo XXI será un siglo americano.

² David Harvey: *Espacios del capital. Hacia una geografía crítica*. Madrid: Akal (Cuestiones de Antagonismo), 2007, p.145 y ss.